

«LA VOZ HUMANA: INSTRUMENTO DE TRANSMISIÓN DE SENTIMIENTOS»

MARÍA VICTORIA DE ANCOS CARRILLO
Numeraria

SALUDO

- Excmo. Sr. Director de la Real A.B.A. y C.H.de Toledo,
- Excmas. e Ilmas. Autoridades,
- Ilmos. Sres. Académicos,
- Sras. y Sres.

AGRADECIMIENTOS

Hoy embargan mi espíritu, unos grandes sentimientos de emoción al comenzar oficialmente mi andadura como Académica Numeraria, en esta queridísima ciudad que me vio nacer y en la que he desarrollado toda mi actividad humana y profesional.

Es un gran honor para mí, el haber sido elegida como miembro numerario de esta Real Academia, y agradezco de todo corazón la confianza depositada en mi persona, con la esperanza de que nunca se vea defraudada, haciéndose realidad a través de mi trabajo, constancia e ilusión en el deseo de colaborar muy activa y fervientemente en la consecución de los fines de esta Institución, que siguen hoy vigentes desde su fundación: «Estudiar, ilustrar y divulgar el arte y la historia de Toledo fomentando todas las manifestaciones artísticas y cultivando todos los campos de la cultura patria».

Agradezco muy sinceramente la asistencia al acto:

A las autoridades presentes,
A los Académicos Numerarios y Correspondientes,
A mi Familia.

A tantos amigos y conocidos que han compartido conmigo momentos de felicidad y tristeza, y

Al público en general que ha querido acompañarme en este día tan importante para mi.

Deseo dar las gracias a todos aquellos, presentes y ausentes, que de una manera o de otra, han compartido mis actividades profesionales, académicas, artísticas y docentes, y que han puesto su granito de arena para hacer posible que mi vida personal y profesional se haya enriquecido.

-A mis Profesores de Música en los Conservatorios y Estudio de Canto:

Especialmente mi Maestra de Canto D.^a Ana María Iriarte, y al también Académico D. Antonio Celada y D.^a Manuela Herrejón, que fueron mis primeros profesores de música; así como a otros que omitiré para evitar olvidos involuntarios.

A los músicos que me han acompañado en mis conciertos, especialmente destacaré al maestro D. José Antonio Barroso que me acompaña hoy como tantas veces con su cariño y maestría al piano y con el que he compartido buenos y malos momentos. Muchas gracias, José Antonio.

A la Agrupación Musical Toledana, que siempre me ha dado su apoyo y su cariño en mi carrera artística. Gracias Mercedes.

A la Cofradía Internacional de Investigadores de Toledo, de la que formo parte.

A la Escuela Municipal de Música «Diego Ortiz» de Toledo, que impulsó la posibilidad de contar por primera vez en nuestra ciudad con la Enseñanza de la disciplina de Canto.

A mis Alumnos de Canto, apoyo y soporte fundamental de mi labor docente, de los que aprendo cada día tantas cosas.

A tantos amigos que siempre me siguen incondicionalmente en mis actividades musicales, alentándome con su cariño y apoyo.

A mi Familia en quien siempre he encontrado el apoyo para mis inquietudes y proyectos artísticos.

Y sobre todo, a Dios Padre:

Gracias por el don de la palabra, de la voz, espero que ese «talento» que me diste, como el del pasaje evangélico, te lo devuelva multiplicado en frutos de la felicidad que consiga en las personas que escuchan la belleza de las canciones que interpreto.

Quiero finalmente, tener un recuerdo especial para los Académicos fallecidos recientemente, tanto honorarios como numerarios:

D. Marcelo González Martín, Cardenal Arzobispo Emérito de Toledo.

D. José Botella Llusía.

D. Máximo Martín Aguado.

D.^a Matilde Revuelta Tubino.

D. Gonzalo Payo Subiza.

D. Tomás Camarero García, y como no a

D. Francisco García «Kalato», que ostentaba hasta su fallecimiento la Medalla n.º XIV, de esta insigne Academia. Recibe desde aquí, Juli, un beso muy fuerte. Y a él dedico especialmente esta LOA que voy a realizar así como el contenido académico de este discurso de ingreso.

A D. FRANCISCO GARCÍA LÓPEZ «Kalato» Académico y Escultor toledano.

Francisco García López, «Kalato», era escultor autodidacta. Natural de Gálvez, provincia de Toledo, pasó en sus años jóvenes a realizar sus estudios, formarse y consolidarse como escultor en la Escuela de Artes y Oficios de Toledo, a través de la concesión de una beca de la Diputación Provincial, obteniendo brillantes calificaciones y ganando la plaza de Profesor de Talla en piedra en la citada Escuela, con el número uno.

Así se instaló en nuestra ciudad, donde permaneció hasta su muerte.

Se entregó a Toledo, y al mismo tiempo Toledo le abrazó y recibió de él toda su grandeza humana y su obra artística.

Durante sus estudios y su labor en esta ciudad coincidió con maestros de la talla de Enrique Vera, Victorio Macho y Cecilio Béjar, quién le atrajo a su equipo de escultores, colaborando en importantes obras de restauración como la del Monasterio de San Juan de los Reyes, en Toledo, y los Palacios Reales de Madrid y de Aranjuez.

Se conservan de «Kalato» un número considerable de obras en mármol, granito, madera, hierro, terracota y otros materiales, a los que dio vida a través de sus sensibles y privilegiadas manos.

En palabras de D. Fernando Dorado: «jugando con barro descubrió el vaciado, inventó lo inventado».

A lo largo de su vida recibió muchos premios en concursos prestigiosos, y su valía como escultor y como persona mereció también su nombramiento como Académico Numerario de esta R. A. de B. A. y C. H. de Toledo.

Nos dejó a su vez algunos dibujos y acuarelas, fruto de otra de sus facetas dentro de su arte, colmado al mismo tiempo de fuerza y romanticismo.

Pero no podemos hablar del artista, sin relacionarlo con su persona. Hombre de grandes dones interiores, entrañable simpatía, gran amigo de sus amigos, y de una bondad extrema reflejada en la claridad de sus ojos. Esposo y padre entregado de lleno a su familia, en la cual su esposa Juli fue su apoyo constante e incondicional.

La profunda huella que ha dejado en este mundo, siempre quedará con nosotros; su obra viva y el halo de su espíritu.

La medalla n.º XIV de esta insigne Academia que ostentó hasta su fallecimiento, símbolo de su amor y compromiso por la ciudad de Toledo, colgará desde hoy emocionadamente de mi cuello.

Espero ser tan digna de ello como lo fue nuestro gran amigo «kalato».

«LA VOZ HUMANA: INSTRUMENTO DE TRANSMISIÓN DE SENTIMIENTOS»

He querido titular este discurso «La voz humana: instrumento de transmisión de sentimientos», por ser esta el objeto principal de mis tareas docentes y de mis investigaciones, y algo mucho más importante: el don que Dios me ha dado para ser desarrollado en toda su plenitud y poder así entregarlo a los demás.

Pero no podemos hablar de la voz, tanto si es hablada como cantada, sin antes hacer algunas referencias a la música, que de alguna manera le ha dado sentido y que junto a los elementos propios de la fonética y la fisiología humana ha llegado a conformar esa transmisión de sentimientos; y que a su vez está relacionada en si misma con otras muchas artes, ciencias e incluso con la naturaleza.

Mientras que el lenguaje hablado tiene como principal función la de comunicar nuestro intelecto con el del interlocutor, la música tiende a poner en relación las almas de quienes establecen tal comunicación.

Hegel dijo: «el sonido es hermano del alma». Por ello quienes mejor la han definido son los poetas, poseedores del arte que más se asemeja a aquella y que menos tiene que ver con la terrenal racionalización de las cuestiones humanas.

Poesía y música son el fruto de una misma esencia, de una misma fuente: el sonido. La consonancia, la pausa, la cadencia, la modulación, son patrimonios comunes.

Liszt tenía como cierto que la música era el complemento ideal

del lenguaje hablado y Fernando Pessoa aseguraba que la poesía no era sino el camino intermedio entre la prosa y la música.

En la antigua Grecia, nació la concepción moderna del canto poético, y surgió el cantor-poeta dedicado ya no sólo al canto religioso, sino amoroso y épico, primer eslabón de la figura medieval de los trovadores y juglares, que eran compositores y cantantes.

La asociación de la música con la poesía cristalizó desde el mundo antiguo en una forma melódica que conocemos como canción, cuya capacidad de evocación y síntesis en la descripción de escenas humanas han hecho que perviva a través de los siglos y las culturas, reflejando así los estados anímicos del hombre.

La canción ya se remonta a la prehistoria humana, a los primeros ritos sagrados que se elevaban en forma de cánticos de honor a los dioses, resultando así como medio fundamental para la supervivencia de su pueblo y por ello la canción nació al mismo tiempo que la música.

Desde la Antigüedad Clásica, y aun anteriormente, lo musical y lo poético, y por ende lo literario, anduvieron en la misma linde.

En la Odisea encontramos muchas alusiones musicales que denotan la unión de lo literario y lo musical, naciendo una nueva expresión evocadora de lo espiritual.

Con el pasar de los tiempos, músicos y literatos, se entregaron ya no sólo a alabar a los dioses, sino a una nueva poesía destinada principalmente a los temas amorosos y guerreros: la Poesía Lírica.

En cuanto a la unión de la música con la naturaleza, ya en la

Grecia y Roma clásicas consideraron la música como un excepcional medio de diálogo entre el hombre, los dioses y la naturaleza, concepto que perduraría hasta la Edad media y cobraría una nueva gran dimensión durante el periodo denominado Romanticismo.

Desde épocas muy antiguas se poseen conocimientos referentes a la relación entre música y medicina. Efectos que produce aquella sobre el comportamiento humano, como son las propiedades sedantes de cierto tipo de música nocturna: las nanas; el poder excitante de una marcha o himno militar o el tono suplicante de una letanía.

De igual modo, las diferentes civilizaciones antiguas utilizaron la música durante ciertos rituales en los cuales a un enfermo o poseído por malos espíritus se le devolvía el equilibrio interno mediante ciertas alocuciones entonadas por el sumo sacerdote.

Y así, por todo lo expuesto anteriormente, podemos decir que el sonido representa la forma de expresión humana más cercana a la sublimación espiritual, esto es, la más similar a la expresión divina de entre todas las restantes formas terrenales.

Y es ahora el momento en el que el título de este discurso cobra toda su significación, dimensión y amplitud, pues se pretende significar sobre todo, el importantísimo papel que la voz humana ha desempeñado y desempeña en la historia del hombre como instrumento de transmisión de sentimientos, y en especial, la voz cantada.

El ser humano es la única especie que desarrolla el lenguaje y la comunicación por medio de la voz y la palabra. El hombre ha sido dotado por Dios y la naturaleza con un aparato de fonación singular.

Ese aparato y su desarrollo y funciones son a su vez singulares en cada persona y le distinguen de otras dependiendo del timbre, tono, altura e intensidad que definen el carácter de cada voz.

La voz hablada y la voz cantada son emitidas por los mismos órganos. Hablar y cantar son dos actos entre los que es difícil establecer una delimitación: la palabra es parte integrante del canto articulado, y por otra parte el habla, sin una cierta dosis de canto resulta monótona, seca y pierde todo su encanto.

La diferencia entre el canto y la palabra estriba en que ésta emplea muchas menos notas, y las que emplea están muy próximas entre sí.

La voz fue el primer instrumento musical puesto que es la misma persona la que lo lleva dentro de sí y es lógico que fuera lo primero que se utilizara como medio de expresión después de la voz hablada.

El corazón habla por medio de mi voz, que es fiel reflejo del alma.

Si bien no hay constancia escrita de cuando empezó el canto, es conocida su tradición en oriente, Mesopotamia y Egipto. En estas civilizaciones, así como en Grecia y Roma, los cantores constituían un estamento destacado en la vida religiosa y tenían derecho a un trato especial.

Ya en el occidente Cristiano, la Iglesia fue el estamento encargado de desarrollar la disciplina de la enseñanza del canto, que derivada del canto de las sinagogas, se puso al servicio del texto litúrgico.

Después el canto rebasó los muros de los templos con la aparición de la ópera, como la primera institucionalización del arte profano musical. Ello establecería una gran revolución en esta disciplina, devolviendo la importancia al canto individual sobre el coral.

El denominado «bel canto» representó la mayoría de edad del canto, el hito más alto de toda la historia en cuanto a la dificultad y perfección técnica.

El secreto y la belleza del cantante no sólo residía y reside en una buena adquisición de la técnica vocal, sino en desear comunicárselo a los demás, pensando en la alegría que puede suponer el hecho de ser escuchado en la belleza del canto.

Pero no basta con la voluntad para ser un buen cantante, ni siquiera es suficiente tener una buena voz. Una voz bella es un requisito indispensable, pero es necesaria una educación vocal para que esa voz adquiera seguridad, agilidad y mayor belleza. La enseñanza del canto es así muy específica e intensa. Pero a su vez, la técnica vocal debe ponerse al servicio de la interpretación, regida por el alma, el corazón, la inteligencia y la sensibilidad.

Así, cultivando el espíritu y los sentimientos podremos hacer del cantante un gran artista.

Técnicamente hablando, podemos sobrevolar brevemente los elementos anatómico-fisiológicos que conforman el ejercicio del canto, teniendo en cuenta, que también actúan sobre la voz hablada.

Son tres los aparatos que ejercen esta función y trataré de simplificar en lo posible su descripción:

1.º El aparato respiratorio, donde se almacena y circula el aire y que a través del diafragma ejerce la función de apoyo de la voz.

2.º El aparato de fonación, constituido por la laringe, en el que el aire se transforma en sonido al pasar entre las cuerdas vocales en las que se produce una vibración, dando como resultado, al número de vibraciones por segundo, un sonido más o menos grave o agudo.

3.º El aparato resonador, donde el aire transformado en sonido, se expande, adquiriendo su calidad y amplitud, llegando el cantante a la sensación de escuchar su voz fuera de si mismo.

Así, la fusión y conexión de estos tres aparatos dará lugar a la perfección de la técnica vocal, algo intangible y abstracto y muy difícil de aprender, pues no siempre existe una correspondencia directa entre una buena voz y una captación de la técnica a través de la inteligencia.

Esta realidad queda constatada en palabras de Nicole Scotto de Carlo: «La gran dificultad del aprendizaje del canto se debe a la necesidad de hacer abstracción de los automatismos utilizados en el habla y adquirir unas nuevas coordinaciones neuromusculares extremadamente complejas, sin la ayuda visual o táctil de que goza el aprendizaje de los demás instrumentos de música.

A esta necesidad se añade la búsqueda constante de un delicado equilibrio entre la estética del sonido y la inteligibilidad del texto cantado, pero es precisamente la música lo que hace que la voz humana sea el más completo y emocionante de los instrumentos.»

Teniendo en cuenta estos aspectos técnicos que he resumido sobre el funcionamiento de la voz humana, vengo ahora a referirme

especialmente a la voz cantada como máxima expresión en las distintas civilizaciones, de transmitir sentimientos: alegría y tristeza, amor y afecto (filial y de pareja), religiosidad (relación del hombre con la divinidad), rencor, odio, venganza, etc. Estos sentimientos, en lo que se refiere a la voz cantada, se han desarrollado por medio de distintos géneros musicales: Nanas, rondas amorosas y romances, cánticos fúnebres, cantatas, salmos, himnos militares y patrióticos, que han conmovido y removido sentimientos en la historia del hombre.

Haciendo un breve recorrido por las manifestaciones artísticas de la voz cantada en la historia, la encontramos ya en civilizaciones ancestrales: en el antiguo Egipto era considerable la importancia dedicada a la voz, relacionada especialmente con la religión, siendo así el instrumento más adecuado para llegar a los dioses.

En la Grecia clásica son los textos de Homero de «La Odisea» y «La Iliáda», en los que se basaron los cantores para componer sus canciones acompañados por cítaras.

Junto a la música del cantor profesional, existía la música popular comunal, interpretada por coros de ciudadanos, que cantaban en acontecimientos sociales tales como el culto a los dioses, los funerales o las bodas.

Roma siguió posteriormente las mismas sendas musicales.

Una de las manifestaciones en la que cobra un gran significado la voz cantada es la música religiosa y litúrgica que podemos centrar aquí en las tres culturas monoteístas: la judaica, la islámica y la cristiana.

Los orígenes de la música judaica se encuentran en el Antiguo Testamento. El centro vital de los antiguos músicos y del pueblo hebreo era el templo, donde se interpretaban los Salmos, cantados de un modo especialmente brillante y de gran interés musicológico.

Los cánticos que figuran en las lecturas bíblicas han quedado consolidados hasta nuestros días como la expresión musical más importante de los rituales judíos.

Para el Islam, la manifestación musical más representativa la constituye la lectura recitada o cantada de las llamadas «Suras» del Corán, realizada por algunos de los creyentes para el resto de la comunidad. También es de destacar la experiencia musical de la «llamada a la oración», realizada cinco veces al día por el Almuecín.

Finalmente otra manifestación musical propia del Islam son los himnos y cánticos para las distintas festividades anuales: el ramadán, la celebración del nacimiento de Mahoma, su ascensión a los cielos y la peregrinación a la Meca.

Desde tiempos remotos la música ha formado parte de las principales ceremonias de culto y hoy día se encuentra introducida en los más señalados ritos de las diferentes confesiones del cristianismo, dirigidas a un solo objetivo común: cantar a Dios.

Los vestigios más remotos de la música religiosa cristiana datan del siglo III, cobrando realidad en los himnos cristianos más antiguos que se conocen con melodía.

Ya en el siglo IV nació la forma denominada salmodia, que consistía en una melodía monódica siempre sobre un texto basado en

los salmos, pequeñas piezas líricas de carácter religioso, que cantadas o recitadas constituyeran en su origen la práctica totalidad de las ceremonias de la liturgia cristiana.

Desde que apareció la religión cristiana, el canto ocupó un lugar importantísimo debido a su carácter litúrgico o de oración, siendo considerado como la mejor forma de alabanza a Dios. Así, San Pablo en su carta a los Efesios les dice: «Cantad para el Señor desde lo hondo del corazón».

Durante toda la historia de la Iglesia Cristiana, la inspiración religiosa ha hecho nacer riquísimas obras de música, tanto vocales como instrumentales, que han incentivado el sentimiento religioso hasta cotas inigualables, y que por limitación de tiempo no me es posible enumerar en este momento.

La manifestación del sentimiento amoroso es algo que lleva intrínseco el ser humano desde su nacimiento. Sobre este punto, es interesante destacar el papel que juega la figura del trovador y el juglar en la alta Edad Media europea.

Siendo el trovador poeta, compositor y cantor de sus obras, el juglar normalmente declamaba, cantaba e interpretaba música instrumental. Este sentir de trovadores y juglares pervive hoy en día en la obra interpretativa de los cantautores, como símbolo de la grandeza y perdurabilidad de estos sentimientos amorosos, que han cobrado también relevancia plasmados en otros géneros como la ópera, zarzuela, o la comedia musical.

Poesía, música, voz y danza, se entremezclan profundamente en el denominado arte escénico, que nace ya desde la antigüedad clásica. La declamación del texto se hacía indistintamente en prosa, recitando o cantando ya voces solistas o coros.

Estas experiencias prosiguieron en Roma y posteriormente en la Edad Media y el Renacimiento.

Tuvieron gran desarrollo posteriormente en el periodo Barroco y llegan a su máximo esplendor con el nacimiento de la Ópera en sus distintas modalidades, siendo especialmente brillante en el modo del «Bel Canto», que da a la voz el máximo protagonismo.

A propósito de ello, podemos citar algunos ejemplos de esa transmisión de sentimientos de los que hemos venido hablando, en sus distintas manifestaciones:

- El amor burlón y pícaro en la ópera Don Giovanni, de Mozart.
- El amor dramático y trágico en Carmen, de Bizet.
- El amor sublime e imposible, en la Traviata, de Verdi.
- Los celos, en Otelo, de Verdi.
- La tristeza, en la Boheme, de Puccini o Rigoletto de Verdi.
- La venganza y el odio, en La Flauta Mágica de Mozart.

No olvidemos nunca que la grandeza del arte lírico no estriba sólo en la intensidad del sonido, sino en el resultado de las vibraciones del alma, cuyo eco es la voz.

Y volviendo al título de este discurso, «*la voz humana, instrumento de transmisión de sentimientos*», es mi deseo que todo lo escuchado anteriormente en este sentido, se haga realidad a través de mi propia voz, entregándola en vivo a todos ustedes, y cargada hoy especialmente de intensos sentimientos de cariño, gratitud y emoción, porque el canto es el acto de transmitir la palabra mediante la música, es quizá la expresión más bella y sublime de la comunicación humana.

Muchas gracias.